

ECOS DE UN LUGAR

ECOS DE UN LUGAR

Fiep van Bodegom
Verónica Gerber Bicecci
Zara Khadeeja Majoka
Nashilongweshipwe Mushaandja
Ligia Nobre
Emilia Pardo Bazán
Amanda Parmer
Paola Santoscoy
Salomé Voegelin

Editado por Andrea Ancira y Jorge Munguía

Este proyecto fue posible gracias al apoyo de:

Museo Experimental el Eco, UNAM

Fundación BBVA

Graham Foundation

ÍNDICE

8 Puntos de partida
Andrea Ancira / Jorge Munguía

17 Tenemos un problema
Paola Santoscoy

31 Carta desde un suelo común
Ligia Nobre

45 La gramática de las ruinas
Fiep van Bodegom

77 Lo que las sombras pueden
Zara Khadeeja Majoka

103 La cabeza de Teo a recomponer
Verónica Gerber Bicecci / Emilia Pardo Bazán

119 Construir un lugar efímero a partir
del volumen indivisible de palabras
Salomé Voegelin

137 Respons–habilidades de la visión
Amanda Parmer

151 Cajas negras y cubos blancos
como campos de concentración:
sobre la violencia institucional y
el trauma intergeneracional
Nashilongweshipwe Mushaandja

168 Semblanzas



LO QUE LAS SOMBRAS PUEDEN
Zara Khadeeja Majoka



El Estado nación, los mapas modernos, la conquista de territorios, nos dicen, pudieron ser posibles gracias a la concepción metafísica del espacio como recipiente vacío encerrado en dos dimensiones, un espacio donde las cosas suceden independientemente de él. A este espacio no le afecta nada, no puede ser afectado por nada, es rígido, es estático. Está ahí, solo ahí, vacío y acogedor, a la espera de que lo llenen. Es metafísicamente vacío, no significa nada. El topógrafo, el creador de mapas, mide el espacio con precisión, latitud y longitud, realiza problemas trigonométricos, los domina, los afrenta y acierta. Un conocimiento fijo y estable surge de una forma fija y estable del saber.

El espacio que ha sido aprovechado por la imaginación no puede permanecer indiferente, sujeto a las medidas y a la mejora del topógrafo.
Gaston Bachelard

Lahore, la ciudad de donde soy —son seis letras y debo tomar una pausa porque lo que acabo de decir es verdad, pero simultáneamente no lo es—. La verdad de mi declaración se descubre tan pronto como se investiga la pregunta de dónde viene una, de dónde somos exactamente. ¿El lugar donde nacimos o el lugar al que nuestros padres pertenecen?, ¿el lugar de donde provienen tus ancestros?, pero ¿cuál de todos?, ¿los del lado de mi madre o mi padre? ¿Y si migraron? Y si es así, ¿hasta dónde llegar? Nuestro árbol familiar oficial (grabado por los *mirāsi*, comunidad que tradicionalmente se ocupó de cuidar los cantos y la genealogía del sur de Asia, por lo que su nombre proviene del árabe *mirās*, herencia o legado) nos lleva atrás, a Hazrat Ali, primo y yerno del profeta Mahoma, y también el cuarto califa del islam, y es durante su periodo que tuvo lugar la secesión Shia, que conllevó a la primera división sectaria en el islam. Un linaje completamente respetable. Sin embargo, un tío mío, profesor de profesión, sostenía con determinación que nuestros antepasados debieron haber emigrado de España, ¿por qué otra cosa será que nuestro apellido se asemeja tanto al nombre de la isla española de Mallorca? ¿Por qué será que cuando él y yo u otros miembros de la familia viajamos a occidente, la gente nos pregunta si somos hispanos? ¿No es esto una prueba incontrovertible? ¿O soy de donde me gustaría ser, donde se encuentra geográficamente mi corazón? Entonces, este lugar es el río Indus, el poderoso río que dio su nombre a la India, al que no me canso de visitar y sentarme a su lado y es místico para mí? ¿Acaso puedo ser del río?

La pequeña, tímida y, en gran parte, indefendible verdad de la afirmación de que soy de Lahore viene del hecho de que es allí donde ha estado la casa de mis padres durante los últimos diez años, y donde viví ocho años de esa década. Lahore también es conocida como la ciudad de los jardines porque eran muchos y rodeaban la antigua ciudad amurallada. Ahora muchos rodean monumentos funerarios de la era Mughal. Incluso la muerte debía ser lamentada y celebrada con un jardín de obsesiva simetría, imitando los cielos, intercalado con canales y fuentes, arcos, torres y cúpulas construidos con singular hazaña de ingeniería. Se trataba de combinar la sensibilidad estética más fina con la idea de que un arco siempre debe permitir el paso de la brisa, que el agua refleje el brillo del sol y sus patrones, que un jardín, por lo menos la mitad del año, debe ser refugio del agotamiento que reina con crueldad durante el verano en Lahore.

Pero debo saltar atrás por lo siguiente: mi escritura y tu lectura no pueden dejar de ser inexorablemente lineales, por lo que debo volver a preguntarme el por qué al comenzar esto, una declaración incompleta de seis palabras se ensanchó en ambigüedades que se distendieron y se extendieron y dieron origen a imprecisiones. Si el hecho concreto de pertenencia geográfica no puede fijarse, si puede ser tan profundamente inestable, si puede dar paso a historias serpenteantes que se extienden más y más, ¿puede la geografía o el espacio en sí fijarse?

De no haber sido por nacer en una religión, siento que habría adorado al sol. Incluso en medio del tedio, la tristeza o la desdicha, la aparición de un rayo de sol me puede llevar a un fugaz estado de éxtasis. Sin embargo, esta admiración por la luz no es indiscriminada, encuentro la luz de la mañana suave y tímida; la luz del medio día sobrepuesta y cruel; la luz acaramelada, dorada, del final de la tarde me provoca ganas de gritar tanto por el placer como por el dolor del deseo implacable pero inútil de poner esa hermosa luz en mi boca, saborearla de algún modo. Puedo pasar tardes enteras rastreando y fotografiando el movimiento de la luz a través de una habitación y sentirme mejor por haberlo hecho (estas imágenes, yo siento, darán cuenta de lo más valioso de la riqueza que acumulo en mi vida). Hablar de la luz, del placer de la luz, es para mí hablar simultáneamente del placer hacia las sombras. ¿Cómo se puede disfrutar una sin la otra? Pensemos en una extensión sin árboles, sin sombra, sin variaciones, al medio día. Una gran autopista, por ejemplo. O el espacio sumamente ordenado de una sala de espera en un hospital; la frialdad de las estériles luces blancas sometiendo todo a un inevitable examen, agudizando la pena, el aburrimiento y el dolor alrededor y dentro de ti. Ambas imágenes me estremecen con una ligera sensación de horror. El placer de jugar entre la luz y la sombra guía muchas decisiones *infraordinarias* de mis días: a cuál café ir a trabajar, qué camino tomar al salir a caminar, qué lado de la banqueta tomo, en cuál de los asientos del camión me siento. Esto también desempeña un papel en las grandes decisiones: qué habitación de la casa

elijo para vivir; si pudiera (y he podido hasta ahora) evitaría vivir en un lugar que no tenga sol, que no tenga días largos, que no tenga follaje. En mi casa planto árboles donde puedo.

En una confusa mañana de domingo en Lahore, en mayo del 2016, me desperté y me sentí desolada por ninguna razón en particular. Fue una de esas mañanas en las que al abrir los ojos descubres que los sueños de la noche te han inquietado; no estás segura de quién eres, cuál es tu lugar en el mundo; te conviertes en una extraña para ti misma. Todo lo que suele ser familiar, cómodo, conocido y ordenado se tiñe con una penumbra de rareza y falta de familiaridad, envuelta en signos de interrogación. Todos los demás seguían durmiendo y la casa olía a luz de sol, el calor del día estaba claramente presente en el aire que respirábamos, pero las enredaderas verdes trepadas en las ventanas, proyectaban una luz resolana, y sombras de hojas danzantes que suavizaban la crueldad del clima. El lánguido letargo de la floja mañana del verano presidía por todas partes. Me sentía inquieta, necesitaba escapar de la agradable pero sofocante comodidad de la casa, de la familiaridad, y encontrar refugio en otra parte. Así que me conduje hasta los jardines de Shalimar, a un jardín amurallado, construido hace trescientos cincuenta años por el emperador mongol Shah Jahan en la coránica imagen del paraíso. Este apreciaba tanto el jardín que construyó, probablemente a un costo mayor que el propio jardín, un canal especial de más de cien millas de largo, construido para surtir de agua los acueductos, albercas, y más de cuatrocientas fuentes.

Y así, sintiéndome extraña, fuera de mí, desposeída, navegué por la enajenación humana, entre el tráfico, animales y vehículos sobre el camino de asfalto,

sin árboles, que desemboca hasta los jardines. Me estacioné bajo el tremendo calor de un sol inclemente y entré en el amurallado jardín, en un mundo diferente. El calor del día aminoró entre los abundantes árboles, viejos, frondosos; y las charcas de agua, y los pabellones de mármol blanco y arenisca con restos medio borrados de las brillantes y coloridas obras de azulejos que alguna vez los adornó. La luz reflejada desde las fuentes hacia el pabellón, produciendo olas de luz; y los árboles suspiraron y se balancearon, y la inmensidad del jardín me hizo sentir libre, pero también contenida, dentro de un universo en orden que permite espontáneos desórdenes controlados. Me permitieron deambular y sentarme bajo un frondoso árbol de mangos, y unirme a un grupo de niños vestidos con harapos en su juego de persecución; y escuchar sus historias de cómo los hombres y las mujeres jóvenes del jardín les piden ser mensajeros, adentrándose, confirmando y rechazando la reciprocidad del interés en salir con la persona, pues tal vez la inocencia de los niños alivia el atrevimiento de tales conversaciones. Un hombre de enorme barriga y aires de importancia se me acercó, se presentó como uno de los administradores del jardín y me ofreció prender las fuentes si yo lo deseaba. Reconocí el conjunto de supuestos y protocolos inherentes a la oferta, el más importante de éstos es que le tendría que dar una “recompensa” en efectivo si yo diera mi consentimiento. Y estuve de acuerdo con su oferta, y encendieron las fuentes (de otra forma estaban desconectadas por la inconmensurable racionalidad de la administración de jardines y

el departamento de arqueología) y durante diez gloriosos minutos observé desde un pabellón de mármol que fue asiento del emperador en los tempranos días antidemocráticos de la vida del jardín. Algo de esas fuentes que cursaban estrechas franjas de agua, brillando a la luz del sol cuando caen en las vías y el fluir de los canales hacia una cascada que conducía a la fuente central del jardín, me conmovió de forma que no puedo describir. Tras apagar las fuentes, agradecí al empleado por haberme hecho el favor y, al estrechar su mano, le pasé unos cientos de rupias.

Fue en este simétrico jardín, construido a imagen del paraíso, donde la nobleza de Mughal y los artesanos y poetas se reunían. Aquí el emperador tuvo su corte, aquí escribió sus versos la única princesa que fue poeta; aquí, más tarde, bajo el dominio Sikh, se localizaron el campamento real y la corte; aquí los Sikh despojaron algunos pabellones de mármol y piedras preciosas para decorar el templo dorado en Amritsar; aquí se hospedaron y entretuvieron algunos de los primeros exploradores y comerciantes británicos; aquí se realizó la celebración de la muerte del tercer santo sufí más importante de Lahore: Madhu Lal (la última parte de su nombre proviene de Lal, su querido joven hindú). El festejo tuvo lugar hasta ser prohibido por el gobierno pakistaní en 1960.

También fue en este jardín, en aquel día de mayo, que sentí que podía salir de mi misma, ser una extraña, ser una niña, ser una refugiada, abrirme a las posibilidades que este espacio crea, unirme

a eso que está en mi interior con lo que me rodea. Me sentí heredera de sus historias y leyendas, y me desvanecí con una sensación de vértigo; el vértigo de estar en un sitio repleto de la presencia de tantos siglos; el vértigo de habitar –y ser habitado– un espacio donde han vivido, por donde han pasado tantas y tantas personas antes que yo. Al mismo tiempo, el presente era innegablemente el presente y mantenía negociaciones con el pasado. El jardín se encontraba en un estado avanzado de ruina (el departamento de arqueología realizaba un esfuerzo mínimo por su conservación) y, sin embargo, estaba vivo y completamente habitado y exuberante con los sonidos de la vida; un participante activo dentro de la topografía de la ciudad y su gente, más que un objeto distante de un pasado muerto que debe abordarse con gran respeto, asombro y disposición. Un jardín que pertenece a su gente. Un jardín que me ayudó, particularmente ese día, a transformarme, a repensar mi sentido de pertenecía al mundo, a mi patrimonio histórico y geográfico, al hecho de que de alguna manera *la geografía es destino* (Susan Sontag).

A principios de este año comencé a leer el asfalto de las calles, esto sucedió casi por necesidad, pues estaba en un tratamiento brutal e interminable para tratar una enfermedad. Después de un año, el cansancio se convirtió en mi compañero recurrente, de modo que incluso me cansaba con solo levantar el cuello o con mirar los (abrumadores) estímulos visuales de las calles de Nueva York que en otras ocasiones disfrutaba. Mis ojos se cansaron, mi mente también, me mareaba. Miraba las banquetas y el asfalto mientras caminaba y me enamoraba de su absurdidad y su inesperada poesía visual. Por el reflejo del cielo en los charcos, por las hojas sueltas, por las sombras proyectadas en las hojas, en las ramas, en los andamios. Aquí las sombras de las ramas de un árbol de invierno, desnudo, convertidas en complejos mapas de las venas de las banquetas. Aquí las sombras de las nuevas hojas de la primavera conversan animadamente, manchadas con la luz del sol. Aquí el rojo de los tabiques de los edificios da un toque de púrpura en penumbra con las salpicaduras de la luz del sol. Aquí, en una tarde lluviosa, el asfalto brilla rojo, verde y naranja, en concierto con las proclamaciones de los semáforos. Incluso la impredecible basura sobre los pavimentos —un guante huérfano y olvidado, un panfleto de un psíquico, un arete perdido, una gorra extraviada— me hablaba de la participación en la caótica vida de la ciudad, al igual que las formas y palabras que la gente había dejado en el concreto mojado, impresas algunas con gis. Reconocí la palabra Cuba, escrita en un trozo de pavimento, en el camino de todos los días hacia la estación de metro.

Cerca de mi escuela alguien dibujó un corazón desfigurado; el pavimento junto a la tienda de abarrotes tenía, de forma absurda pero sensata, los contornos de la camisa de un niño. Mientras andaba, cansada y adolorida, sentí cómo la poesía de la luz, la basura, los mensajes, los dibujos en las banquetas y el asfalto —las pieles gemelas de la ciudad enloquecida que es Manhattan— me consolaban, me decían que yo pertenecía a esta ciudad de soledad, a esta ciudad de enajenación, aun cuando era inhóspita para el enfermo, para el lento, para el solitario.

Y así aprendí a reconocer y mantener este sentido de asombro y fantasía en lo cotidiano; lo sagrado en la vida cotidiana, en sus momentos *infraordinarios*. Desprovista de un sentido de la vida, atrapada en la prisión del orden de mis medicamentos, inyecciones y visitas a la clínica; aprecié este imprevisible y siempre cambiante trastorno. Fue surreal, extraordinario y absurdo, y a la vez perfectamente ordinario y sensato, todo al mismo tiempo.

¿Qué significa sentirse conmovido por estas imágenes? La imagen poética, desde lo que aprendemos por Gaston Bachelard, es fenomenológica, y sus orígenes se encuentran en el alma en vez de la mente. Es algo que experimentamos profundamente, algo que nos sacude, que toca el núcleo de nuestro ser, que produce sentimientos y sensaciones inefables que la mente trata de traducir furiosamente en conocimiento formal, incluso cuando sus completos orígenes y efectos evaden estos circuitos de conocimiento activo, de pensamiento real. Es saber de una manera que hace burla a los límites de la clase de conocimiento a la que se condiciona la mente. Está más allá del dominio de la casualidad, es una experiencia trascendental. Lo cotidiano y lo ordinario es constantemente desechado y descartado. Es así que los que buscan, encuentran con facilidad, dentro de este mismo territorio, lo sagrado, lo trascendental y lo extático.

Los jardines de Lahore, ordenados y simétricos, fueron diseñados para dar paz al sentido estético, para evocar la poesía y el arte, para refrescar el alma y los sentidos, para ofrecer un refugio al mundo. Un jardín era un *Jahān panāh*, un refugio del mundo, aunque sea de carácter efímero. La palabra paraíso, de hecho, proviene de la arcaica frase persa *pairi daeza*, que se puede traducir a “jardín amurallado”. El paraíso es entonces, de cierto modo, un jardín cerrado. Y el jardín es un refugio ante los estragos del verano, los caminos polvorosos, las tribulaciones de los viajes. En una ocasión se convirtieron en verdaderos campos de refugiados. Esto sucedió después de la división de sangre en el subcontinente en 1947, cuando se trazó una línea irregular y arbitraria a través del enorme territorio, para anunciar el nacimiento de dos países completamente nuevos y divididos según las religiones que se ejercían. Y aquellos que no se adhirieron a la religión correspondiente a su naciente país tuvieron que empacar y salir o, posiblemente, ser saqueados o asesinados o violados o desaparecidos en el camino. Algunos de los jardines de Lahore se convirtieron en campamentos de refugiados para albergar a las multitudes exhaustas que habían sobrevivido a los horrores de la migración y se tropezaron con una nueva vida, en un país completamente nuevo, mientras que el nuevo país se preguntaba dónde ubicarlos, cómo manejar aquellos millones de desarraigados. Y así, los jardines, que habían comenzado su vida con marcadas celebraciones de conquista territorial, como espacios para la realeza y la élite, como espacios para la corte, para los poetas y artistas, un refugio

para los ejércitos cansados, terminaron ofreciendo refugio —*Jahān panāh*— para los viajeros y refugiados más desdichados y desamparados.

¿Todas las experiencias del espacio son similares? ¿Son las sombras y la luz y el caos y los desechos y la aleatoriedad y el azar producto de vivir lo suficiente como para hacer que las resonancias poéticas se reflejen dentro de nosotros? Rara vez se puede reducir tal experiencia a una lista de ingredientes y fórmulas, sin embargo, el carácter del espacio no es neutral a pesar de su apariencia. Los espacios se componen de muchos elementos, incluidos los aspectos económicos y políticos invisibles. El mes pasado visité algunos de los suburbios de Connecticut y Nueva Jersey. Esta fue mi primera experiencia directa con los suburbios estadounidenses y me entristeció más de lo que puedo explicar. Todas las personas y todo lo que había en estos espacios ordenados lucía sin vida de una manera que destrozó mi corazón. Sin duda, los suburbios son, al igual que las ciudades y jardines, una imposición de orden en un mundo desordenado. Sin embargo, el orden de los suburbios no ofrece refugio, no es el *Jahān panāh*, está arraigado más bien dentro del concepto de propiedad privada, creado para el consumo del capital; desalentador —en su lógica de espacio de autopistas y centros comerciales— al caminar, en las reuniones, en las mezcolanzas, en cualquier actividad que no sea mantener los límites de la propiedad, comer y comprar. Los suburbios están rodeados de hermosos bosques, de colinas y cielo abierto, campos y lagos; sin embargo, estos

elementos, la ecología de estos sitios, parece cultivada en nada más que un telón de fondo. No juega ningún papel, no participa, metafísicamente hablando, en la formación de ese espacio. Y así, la belleza de este paisaje es fría y petrificada y retraída. El sol brilla y los cielos lucen un espectáculo dramáticamente hermoso, y los árboles crecen y cambian con las estaciones, los pájaros pían y los ciervos entran y salen de los matorrales, y las sombras se mueven a través del paisaje, pero nada de esto hace que desaparezca la sensación de desdicha y alineación que parece constituir este espacio. Nada parece mover a los residentes al espontáneo y pasajero éxtasis, ni la trascendencia, ni la alegría, ni la angustia que otorga el azar del espacio, o el pacto controlado entre el orden y el desorden que producen los espacios de Nueva York y Lahore. Estos espacios están demasiado estabilizados, demasiado ordenados, demasiado pulcros, y tal vez parte de esto se deba al hecho de que se generaron para crear estilos de vida que sirven al capital de consumo y obedecen a la ideología de la propiedad privada y al individualismo.

Las ciudades no están exentas de las fuerzas del capital que estructuran la vida cotidiana en formas invisibles, ocultas, insospechadas. Sin embargo, la existencia de las multitudes, el sentido de pertenencia a un pasado, alguna forma de contacto con los otros, ayuda a mediar esto, ayuda a crear oportunidades para preservar la posibilidad de la oportunidad y aleatoriedad del espacio (a pesar del hecho de que cada vez está más vigilado y controlado).

Me mudé a Nueva York hace dos años y, a pesar de la enajenación y la soledad de la ciudad, lo inesperado de mis interacciones cotidianas con sus calles, su gente, su ecología, sus sombras y reflexiones —como en Lahore—, me encantaron y conservaron el sentido de lo lúdico e impredecible que crea la multiplicidad del espacio. Había una poesía en todo esto que regularmente me sacó de la narrativa que la ciudad dice de sí misma: que todos somos átomos auto contenidos moviéndose a través del mundo, que se trata de un mundo donde cada mujer lucha sola, que los que se quedan atrás deben ser olvidados; y todo esto respaldado por la inmensa violencia que la ciudad promulga para aquellos que apenas pueden encontrar espacio en las banquetas. La contranarrativa de estar en espacios ricos, violentos, detestables, maravillosos, habla de cómo el ser es relacional; que los límites de nuestro ser no son rígidos y autónomos, que la dialéctica de lo que nos rodea y lo que hay en nosotros continúa transformándonos, conformándonos y conectándonos con el mundo. Que podemos ir más allá de una construcción egocéntrica del mundo, a una construcción centrada en el mundo, en la cual seamos conscientes de que estamos constituidos por los espacios, las personas, los paisajes y la ecología que está a nuestro alrededor. Debemos esforzarnos a resistir desde lo cotidiano y lo ordinario para ser más justos y trabajar para ser mejores personas y crear un mundo mejor, ya que ambos son inextricables.

Pero entre las muchas diferencias fundamentales entre Lahore y Nueva York estaba la inquietud

que sentía por estar en una ciudad sin pasado. O un pasado escrito de nuevo después de haber sido violentamente borrado. Parecía como si la ciudad, cuatrocientos años atrás, había sido construida sobre una *tabula rasa*. Todo, hasta la ecología de la ciudad, resonaba con esta mentira. En Lahore, el pasado —con toda su violencia y gloria— estaba tangiblemente presente, se daba a conocer a través de santuarios, árboles, edificios, jardines, pero, sobre todo, de sus historias y canciones. En Lahore, conocía los nombres de todos los árboles, las flores, las plantas y las enredaderas, pues poblaban historias de mí y de mi familia, de mis antepasados y de la tierra. Los árboles banyan y peepul, por ejemplo, se abrieron paso dentro de las tradiciones sagradas, desde los sellos de tres mil años de antigüedad de la civilización de la cultura del valle del Indo, hasta las tradiciones budistas, hindúes y musulmanas. El río de Lahore, Ravi, aunque obstruido por una presa de la India que lo reduce a un pantano lleno de aguas residuales al llegar a Lahore, aún es protagonista de las historias de la ciudad. La gente todavía lanza pétalos de rosa en el Ravi como ofrenda. La ecología de Lahore es parte sagrada de la concepción misma de la ciudad. Y Manhattan, aunque era una isla pequeña, no tenía el sentido del río que yo conocía. El reconocimiento de los ríos llegó casi de sorpresa. Los ríos fueron reducidos, domesticados y expulsados de la historia de la ciudad. Llegué a entender que el paisaje y la ecología estaban ausentes en la construcción metafísica de la ciudad. Aprendí que solo en el parque Inwood sobrevivieron los árboles y el

follaje endémico de la isla que había estado desde los tiempos de los indios nativos. Y entonces un día subí hasta allá y me sorprendió cuánto lloré al observar el testimonio ecológico de una época anterior a la proclamación de una violencia masiva sobre esta tierra, más el hecho de que la ciudad hace todo lo posible por olvidarlo, enterrarlo, hacerlo invisible. ¿Podemos forjar una ecología de relaciones verdaderas, aunque no tenga lugar en nuestra metafísica? ¿Puede, por sí solo, el argumento racional de la utilidad de conservar la ecología ayudar a reparar las catástrofes?

¿Qué hacen las sombras? Diversifican el espacio, lo ocultan, lo mueven, crean poesía, se esconden. Nos recuerdan que el espacio es inestable, dinámico, en constante transformación y, por otro lado, que *nosotros* somos inestables, dinámicos, en constante transformación. A través del movimiento, a través de la inquietud, a través de la exploración, a través de la transgresión, nosotros rompemos códigos de lo “conocido” y lo “racional” y excavamos para crear otras formas de saber, de pensar y de conectarnos con lo que nos rodea.

El espacio es producto de la imaginación, la economía, la política, la metafísica, de nosotros mismos. Lo que está en nosotros se encuentra profundamente atado a lo que está fuera de nosotros. Aprendemos a leer lo estático, lo extraordinario, lo poético, lo mágico, lo injusto, lo violento, en la visible invisibilidad y familiaridad que nos rodea.

Este ensayo se ha nutrido y construido a partir de la obra de Doreen Massey, Rebecca Solnit, Henri Lefebvre, Gaston Bachelard, John Berger, David Harvey, Juini'chirō Tanizaki, Michael Taussig, Anand Vivek Taneja y Georges Perec.

El hombre debe ser todos los días, o no será nada en absoluto
(Henri Lefebvre).

Ecos de un lugar

Fiep van Bodegom, Verónica Gerber Bicecci,
Zara Khadeeja Majoka, Nashilongweshipwe
Mushaandja, Ligia Nobre, Emilia Pardo Bazán,
Amanda Parmer, Paola Santoscoy y Salomé Voegelin

Editores: Andrea Ancira | Jorge Munguía
Coordinación Editorial: Andrea Ancira
Diseño Editorial: Isabel Sierra
Traducción Inglés-Español: Alejandro Arras

Buró—Buró
Primera edición, 2020
© Buró Buró Oficina de proyectos culturales S.C.
y autores de su texto

ISBN: 978-607-98419-7-3

Buró—Buró
Jalapa 27, Roma Norte
Ciudad de México, 06700

Impreso en la Ciudad de México

